

LIBRO DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

(Secretos de Historia Natural)



En los años centrales del siglo xv, Angers sobresalía como el núcleo más brillante de la miniatura francesa, pero hacia finales de siglo, tanto esa ciudad como gran parte de los centros más dinámicos de la miniatura del oeste francés sufrirán una clara decadencia en beneficio de Tours que, en adelante, no encontrará rival en la ribera del Loira. El único centro que resiste a ese declive artístico del oeste es Poitiers. Y es en Poitiers y en este ambiente algo incierto en el que aparece uno de los iluminadores más originales del momento: ROBINET TESTARD, extraordinario artista formado en la estimulante atmósfera que reinaba en el oeste de Francia en torno a los años 60 de ese siglo, si bien sus inicios artísticos quizá habría que situarlos ya en los años 70, si tenemos en cuenta la fecha de 1471 que aparece al final del manuscrito de las Grandes Crónicas de Francia, sin duda uno de sus más antiguos trabajos.

Además de las Crónicas, del período de Poitiers, en que TESTARD trabaja por su cuenta, datan unos cuantos Libros de Horas suyos. Actualmente encontramos algunos de ellos en Nueva York, Bruselas, Besançon, etc., en los que nos ofrece una clara muestra de sus especiales dotes artísticas. Lo mismo ocurre con un precioso Misal que se conserva en el Tesoro de la Catedral de Poitiers.

Estos y otros muchos trabajos le dan renombre suficiente como para que le toque en suerte ser admirado y escogido por Carlos de Angulema, príncipe bibliófilo de la casa de Orleáns y padre del futuro rey de Francia, Francisco I, que a partir de 1484 le nombra pintor de cámara. En adelante no se verá ya expuesto a la inseguridad de una demanda pictórica en declive, sino

que, muy al contrario, gozará en la corte de Cognac de una situación estable y trabajará desde entonces sin descanso en la ilustración de libros para su mecenas.

En sus trabajos deja la huella imborrable de su particular estilo, tan profundamente gótico a pesar de encontrarnos ya a finales del siglo xv. En los más variados contextos se recrea en maravillosas escenas mitológicas y religiosas, paisajes exóticos o admirables figuras botánicas. Recibe incluso el encargo de pintar la carroza de los funerales a la muerte del conde. La joven viuda, Luisa de Saboya, le sigue manteniendo a su servicio y le confía programas de iluminaciones cada vez más ambiciosos.

El artista comparte así los vaivenes de la fortuna de su protectora para la que, hasta el 1510, sigue trabajando. Veremos incluso cómo se beneficia, en 1523, de las generosas dádivas del heredero de los Angulema, Francisco I, coronado rey de Francia en 1515 y considerado el monarca más emblemático del renacimiento francés. Su reinado permitirá un excepcional desarrollo de las artes y las letras en Francia. Veremos el nombre del artista mencionado por última vez en 1531, en el atestado de subsidios y ayudas del Rey a los diferentes miembros de la casa de su madre, recientemente fallecida: “El viejo Robinet, pintor...” recibirá entonces 80 libras.

En cuanto a su estilo, TESTARD es, indiscutiblemente, un artista a contracorriente, poco preocupado por los problemas que por entonces apasionan a sus contemporáneos, como son la búsqueda del realismo y la representación coherente del espacio siguiendo las normas de la perspectiva científica puesta a punto por los italianos. Sus miniaturas son de ejecución pictórica impecable y lisa, su colorido y contraste brillantes eliminan casi por completo la tercera dimensión, sus figuras con poco relieve se recortan con una precisión casi metálica sobre fondos planos como un decorado teatral.



Lo que cuenta para él no es sugerir la ilusión de la realidad objetiva, sino transmitir lo más eficazmente posible el mensaje visual. De ahí su insistencia en el dibujo que se verá estimulada por el descubrimiento que hace de Israel van Meckenem y sus contemporáneos

alemanes. En este aspecto el artista se inscribe en lo mejor de una corriente antirrealista con raíces muy antiguas tanto en el Poitou como en Anjou.

En cuanto al manuscrito de las *Maravillas del Mundo* (o *Los Secretos de la Historia Natural* – Biblioteca Nacional de Francia. Ca. 1480-1485), tal vez sea el más antiguo de los encargos que recibe TESTARD desde que entra al servicio de Carlos de Angulema. El texto, que pretende ser de interés geográfico, pasa revista a los diferentes países del mundo (clasificados por orden alfabético) y da de cada uno de ellos toda una serie de informaciones, más fantasiosas que rigurosas, apoyándose en la autoridad de la Biblia, de Plinio el Viejo, de Solino –y su *De mirabilibus mundi*–, de san Isidoro de Sevilla y de otros autores.

Lo más probable es que esta heteróclita compilación intentara fundamentalmente servir de base a las imágenes que ilustran los diferentes capítulos, pues de hecho, los escasísimos manuscritos conservados que reproducen este texto –del que el Fr. 22971 que aquí comentamos es el más rico–, todos privilegian rotundamente la ilustración y ponen el texto a su servicio. Lo que también debemos afirmar es que el manuscrito de TESTARD es totalmente independiente de sus predecesores.

En sus 56 fantásticas miniaturas encontramos las particularidades que distinguen a este autor de entre todos sus contemporáneos: composiciones sencillas y planas, en niveles estratificados y horizontales que apuntan deliberadamente a suprimir toda noción de profundidad. Extraordinaria claridad de los contornos en los que se engastan fuertemente las formas. Modulaciones discretas. Su incansable búsqueda de claridad abarca incluso al colorido, en el que el contraste de tonos facilita la «legibilidad» y la visualización diáfana de las escenas. El efecto de tapicería que se obtiene al eliminar casi por completo la tercera dimensión concuerda perfectamente con el carácter irreal y mítico del texto.



Como siempre, TESTARD cuida particularmente la ejecución pictórica y sobresale como pocos en la invención de armonías cromáticas de gran delicadeza. En este sentido, una de sus más logradas miniaturas es la que introduce el capítulo del Alto Egipto (f. 16v), que el artista evoca

por medio de un episodio de la vida de san Pablo Ermitaño, entresacada de la Leyenda Áurea. La escena está dividida en dos playas de diferente color, separadas por el trazado oblicuo de un río azul: en el primer plano san Antonio interroga a un centauro que le indica la ruta a seguir para reencontrarse con san Pablo. Los dos personajes son realzados por la tonalidad verde oliva del terreno que contrasta con las dunas arenosas representadas en segundo plano. Es una deliciosa escena que sólo puede salir de la mano de un gran maestro de la miniatura medieval, de rasgos personalísimos y técnica original, y que en todo este manuscrito nos ofrece un bellissimo conjunto de imágenes, muchas de ellas de fantasía pura. El texto no hace sino abundar en curiosas descripciones míticas, al servicio de tan subyugante conjunto de imágenes. Todo un deleite para aficionados y bibliófilos.

